

y que no permite al escritor ver sus manuscritos. No he corregido, pues, ni aun siquiera leído los míos; y como por tal motivo pueden haber salido confusos é incorrectos, necesariamente y sin embargo del sumo cuidado de mi secretario, han de haber ocurrido al copiarlos algunos errores, un poco aumentados por las bárbaras frases de los nombres mejicanos de que me he servido; sin que pueda prometerme que hayan sido siempre descubiertos por el perspicaz corrector que ha revisado las pruebas.

En el prólogo de la historia de Fernando é Isabel me lamenté de que mientras trabajaba sobre aquel asunto, los dos incidentes mas interesantes de aquel reinado habian ocupado la atencion del mas apreciado de los escritores americanos, Washington Irving. Por una singular casualidad ha sucedido casi lo contrario en la composicion de esta obra, pues sin saberlo me encontré ocupando el mismo terreno que él se preparaba á cultivar: cuando ya era yo poseedor de la rica coleccion de materiales de que he hablado, llegó á mi noticia aquella circunstancia; y si él hubiera perseverado en su designio, yo sin vacilar habria abandonado el mio, si no por atencion, por prudencia; pues aunque me hallaba cubierto con las armas de Aquiles, no podria linsonjearme de la victoria combatiendo con el propio Aquiles. Mas luego que este célebre escritor tuvo noticia de los preparativos que yo habia hecho, animado de aquel espíritu caballeresco que no sorprenderá á quien haya tenido el placer de conocerle, me anunció su intencion de dejarme la empresa. Bien conozco que al referir esta circunstancia, haciendo la debida justicia al Sr. Irving, me perjudico á mí mismo, por el sentimiento que necesariamente debo excitar en el lector.

No debo concluir este prólogo, ya demasiado difuso, sin expresar mi reconocimiento á mi amigo el Sr. Jorge Ticknor, amigo de muchos años, por el trabajo que se ha tomado de revisar mi manuscrito; trabajo puramente de afecto, que solo puede estimar en todo su valor el que tenga conocimiento de su extraordinaria erudicion y exquisito gusto literario. Si he colocado su nombre al fin de la lista de aquellos á quienes soy deudor de atentos y bondadosos oficios, no es ciertamente porque aprecie en menos los suyos.

GUILLERMO H. PRESCOTT.

Boston, octubre 1.º de 1843.

## CONQUISTA DE MEJICO.

### LIBRO I.

#### INTRODUCCION.

#### BOSQUEJO DE LA CIVILIZACION AZTECA.

#### CAPITULO I.

#### ANTIGUA MÉJICO.—SU CLIMA Y PRODUCCIONES.—RAZAS PRIMITIVAS.—IMPERIO AZTECA.

De todo el vasto imperio que en un tiempo reconoció la autoridad de España en el Nuevo Mundo, ninguna parte puede compararse en interes é importancia con Méjico, ya se considere la variedad de su suelo y clima, las inagotables fuentes de su riqueza mineral, su paisaje grande y pintoresco sin ejemplo, el carácter de sus antiguos habitantes muy superiores en inteligencia á las otras razas norte-americanas, y cuyos monumentos nos recuerdan la primitiva civilizacion de Egipto y el Indostan, ó ya se atienda á las circunstancias particulares de su conquista, tan romántica y llena de aventuras como un romance de caballería, inventado por un poeta normando ó italiano. La historia de la conquista de esa preciosa porcion del Nuevo Mundo, y la del hombre extraordinario que la consumó, son el objeto de esta obra; mas para que el lector pueda adquirir mayor conocimiento del asunto, será conveniente ántes de comenzar á tratarlo, dar una descripcion general de las instituciones políticas y sociales de las razas que ocupaban el pais en la época de su descubrimiento.

El territorio de los antiguos mejicanos ó aztecas, con cuyo nombre se distinguieron primitivamente, no formaba sino una parte muy pequeña de la vasta extension que comprende la república moderna de Méjico (1), y aunque no pueden determinarse con certeza sus límites, estos se aumentaron considerablemente en los últimos dias del imperio, en cuyo tiempo, es de creer, se extendian desde casi el grado 18 de latitud norte, hasta el 21 en el Atlántico, y desde el 14 al 19 incluyendo una línea muy estrecha en el Pacífico (2). En su mayor anchura no podia exceder de cinco y medio grados, disminuyéndose á menos de dos al aproximarse á sus confines del sudoeste. Cubria probablemente menos de diez y seis mil leguas cuadradas (3), y sin embargo, es tal la

(1) Extenso sin duda, si damos crédito al arzobispo Lorenzana, que nos dice: „Es dudoso si el territorio de la Nueva-España confina con la Tartaria y Grinlandia: „con la primera por la California y por Nuevo-Méjico con la segunda!” Historia de „Nueva-España (Méjico, 1770), pág. 38, nota. (a)

(2) Me he sujetado á los límites señalados por Clavijero, quien probablemente ha examinado este asunto con mas exactitud y esmero que los mas de sus compatriotas, que difieren de él, y dan mayor extension á la monarquía. (Véase su *Storia Antica del Messico*, (Cesena 1780), disert. 7. ) Sin embargo, omite dar razon á sus lectores de la debilidad de los fundamentos en que apoya sus conclusiones. La extension del imperio azteca se colige de los escritos de los historiadores posteriores á la llegada de los españoles, y de las pinturas de tributo que pagaban las ciudades conquistadas, ambas fuentes sumamente vagas y defectuosas. (Véanse los manuscritos de la coleccion de Mendoza en la excelente obra de Lord Kingsborough, *Antigüedades de Méjico*, que comprende copias de las pinturas antiguas y de los geroglíficos, juntamente con los monumentos de Nueva-España. Londres, 1830.) La dificultad de las investigaciones se aumenta mucho mas, por el hecho de haberse ejecutado las conquistas, como se verá mas adelante, por las armas unidas de tres potencias. Así que, no es siempre fácil decir á cuál de las tres cupo la casualidad de que pertenecieran. Está envuelto en tanta incertidumbre este asunto, que Clavijero, sin embargo de las positivas aserciones de su texto, no se aventuró á definir en su mapa los límites precisos del imperio, tanto al norte, en cuyo punto lo mezcla con el texcucano, como al sur, donde incurre en el grave error de afirmar que si bien se extendia el territorio mejicano hasta los catorce grados, no incluia parte alguna de Guatemala. (Véase el tom. I, p. 29, y tom. IV disert. 7.) Segun el historiador texcucano Ixtlilxochitl, su nacion tenia un derecho inconcuso al supremo imperio. Historia chichimeca. Manuscrito, cap. 39, 53, et alibi.

(3) De diez y ocho á veinte mil segun Humboldt, quien juzga que el territorio mejicano era el mismo que comprendieron despues las intendencias de Méjico, Puebla, Veracruz, Oajaca y Valladolid. (*Essai politique sur le royaume de Nouvelle Espagne: Essayo político sobre el reino de Nueva-España*), (Paris 1825), tom. I, p. 196). Sin embargo, esta última estaba del todo ó en su mayor parte incluida en el reino rival de Michoacan, como el mismo Humboldt mas correctamente lo asienta en otra parte de su obra. Comp. tom. II, p. 164.

(a) El arzobispo Lorenzana habla del territorio de la Nueva-España, en el que se comprendian las provincias internas de Oriente y Occidente y las Californias que

singular formacion de este pais, que aunque solo doble en extension á la nueva Inglaterra, ofrecia toda variedad de climas, y podia producir casi todos los frutos que se encuentran entre el Ecuador y el círculo Artico.

Todo el pais á lo largo del Atlántico, está terminado por una espaciosa region, llamada tierra caliente, cuya media temperatura alta es igual á la de los paises equinociales. Aridas y arenosas llanuras se hallan mezcladas con otras de extremada fertilidad, cubiertas de espesas y casi impenetrables selvas de aromáticos arbustos y flores silvestres, en cuyo centro se elevan árboles de aquella pomposa vegetacion que solo se encuentra entre los trópicos. En estos deliciosos desiertos, se levanta insidioso un viento emponzoñado (a), producido seguramente por la descomposicion que sufren las lozanas sustancias vegetales en un suelo húmedo y ardiente. La estacion del *vómito* que asola estas costas, continúa desde la primavera hasta el equinoccio del otoño, en cuyo tiempo lo hacen cesar los vientos frios que vienen de la bahía de Hudson. Estos vientos en el invierno se convierten en tempestades, y recorriendo la costa del Atlántico y el casi cerrado Golfo de Méjico, se desatan con la fuerza de un huracan en sus desabrigadas playas y en las vecinas islas occidentales. Tales son las poderosas defensas conque la naturaleza ha rodeado esta tierra de encanto, como para guardar los dorados tesoros que encierra en su seno. El genio y espíritu emprendedor del hombre han probado ser mas poderosos que ellas.

Despues de caminar unas veinte leguas á traves de esta abrasada region, se halla el viajero trasladado á una atmósfera mas pura. Sus miembros recobran su ordinaria elasticidad, y es su respiracion mas libre, pues no oprimen ya sus sentidos los sofocantes calores y embriagantes perfumes del valle. La naturaleza tambien ha cambiado de aspecto, y la vista ya no vaga entre la alegre variedad de colores conque el pais estaba adornado ántes. La vainilla, el añil y las florecientes arboledas de cacao desaparecen al paso que avanza en su marcha. Lo acompañan la caña dulce y los plátanos engalanados con sus lustrosas hojas, y cuando ha subido cerca de cuatro mil piés, la perenne verdura y rico follage del árbol que produce el liquidambar, le hacen conocer que ha llegado á la altura donde se detienen las nubes y nieblas, en su tránsito del Golfo Mejicano. Esta es la region de perpetua humedad; pero él la saluda con placer, como que le

no teniendo entónces límite señalado al Norte confinaban con las posesiones rusas, por el estrecho de Behring que es lo que el arzobispo llama *Tartaria*. Los monarcas españoles pretendian tener derecho á todo lo descubierto por los navegantes de su nacion en el continente de América dentro de los límites designados en la bula de Alejandro VI, y en esto se funda la asercion del Sr. Lorenzana, en cuyos conceptos no pueden estar de acuerdo los escritores de los Estados-Unidos, que fundan sus pretensiones á todos esos terrenos en otros diversos principios.

(a) El autor hace uso de la palabra *malaria*, con la que se significa en Italia el viento malsano que sopla de las lagunas pontinas en las inmediaciones de Roma, y de los terrenos anegadizos de las costas de la Toscana que causa muchas enfermedades durante el verano y el otoño, y de aquí procede su nombre.

anuncia estar ya exento de la influencia del mortal vómito (4). Ha entrado en una tierra semejante á la de la zona templada, y el aspecto del país comienza á ser aquí grande y aun terrible. El camino corre á lo largo de la base de elevadas montañas, que brillaron en un tiempo con la luz de fuegos volcánicos, y ahora resplandecen con las capas de nieve que las cubren perpetuamente y sirven de señal al marino á muchas leguas de distancia en el mar. Por todas partes mira en torno suyo vestigios de la antigua combustion, pues el camino pasa por entre grandes corrientes de lavas, que se levantan en innumerables formas fantásticas producidas por los obstáculos que se opusieron al curso del torrente encendido. Tal vez al mismo tiempo que se ofrece á su vista un peligroso precipicio ó un abismo casi insondable abierto al lado del camino, ve su fondo adornado con las ricas flores y esmaltada vegetacion de los trópicos. Tal es el singular contraste que al mismo tiempo ofrece á los sentidos esta pintoresca region. Continuando un poco mas adelante, sube el viajero á otros climas favorables para otra clase de cultivo. Le ha seguido el maiz desde las mas bajas llanuras; pero ahora mira por la primera vez los campos sembrados de trigo y otros granos europeos traídos al país por los conquistadores, y mezclados con ellos los plantíos de maguey, que los aztecas aplicaban á tan diversos é importantes usos. Aquí adquieren los robles una vegetacion mas vigorosa, y las espesas selvas de pinos anuncian la entrada á la tierra fria, la tercera y última plataforma de las tres en que el país está naturalmente dividido. Cuando el fatigado viajero ha llegado á la altura de seis ú ocho mil piés, fija su planta en la cumbre de la cordillera de los Andes, de esta colosal cadena de montañas, que despues de atravesar la América del Sur y el Itsmo de Panamá, se ensancha al entrar á Méjico y forma esa extensa llanura que se conserva á la elevacion de mas de seis mil piés en una distancia de cerca de doscientas leguas, hasta que gradualmente desciende en las mas altas latitudes del norte (5).

A traves de esta plataforma de montañas y en direccion occidental, se extiende una cadena de cimas volcánicas de aun mas estupendas dimensiones, que forma ciertamente uno de los puntos mas elevados del globo. Sus picos, penetrando en las regiones de perpetuas nieves, difunden una agradable frescura

(4) El viajero que entra al país atravesando los áridos médanos de los contornos de Veracruz, difícilmente reconocerá la descripción hecha arriba, y así debe buscarla en otras partes de la tierra caliente. Ninguno de los viajeros modernos ha hecho una pintura mas brillante de las impresiones causadas en sus sentidos por estas ardientes regiones, que Latrobe, (*Rambler in Mexico, viajero en Méjico*, (Nueva-York, 1836) cap. 1.) Este viajero desembarcó en Tampico, y sus descripciones de la naturaleza y habitantes de nuestro país (los Estados-Unidos), sobre que podemos juzgar competentemente, se distinguen por un juicio y hermosura que le hacen acreedor á confiar en la pintura que hace de otros países.

(5) Esta grande extension de territorio, varía en elevacion desde 5570 hasta 8856 piés, cuya altura es igual á la de los pasos del Monte Cenis, ó el gran S. Bernardo. La mesa se extiende trescientas leguas mas adelante, antes de descender á un nivel de 2624 piés. Humboldt, *Essai politique: Ensayo político*, tom. I, pp. 157 y 255.

en las elevadas mesas que se hallan mas abajo, y que aunque se llaman frias, gozan de un clima cuya temperatura media no es mas baja que la de los puntos centrales de Italia (6). El aire es excesivamente seco, y el terreno aunque naturalmente fértil, se halla muy poco engalanado con la lozana vegetacion de las regiones bajas. Tiene por lo comun un aspecto árido y estéril, debido en parte á la mayor evaporacion que en estas elevadas llanuras produce la presión disminuida de la atmósfera, y en parte indudablemente á la falta de árboles que lo pongan á cubierto de la voraz influencia del sol abrasador del estío. En la época de los aztecas estaba el país cubierto de cedros, encinas, cipreses y otros árboles silvestres, cuyas extraordinarias dimensiones, juzgando por las de algunos que se conservan todavia, manifiestan que la esterilidad de los últimos tiempos debe imputarse mas al hombre que á la naturaleza. Los primeros españoles hicieron en verdad una indiscreta guerra á los bosques lo mismo que nuestros abuelos los puritanos, aunque con mucha menos razon; pues conquistado ya el país, no tenian que temer peligrosas emboscadas de los sumisos y semi-civilizados indios, ni estuvieron obligados como nuestros antepasados, á mantener por un siglo una constante vigilancia. Dícese sin embargo que esta destruccion de los bosques era agradable á su imaginacion, como que ella les recordaba las llanuras de su patria Castilla, la mesa de Europa (7), donde la desnudez del país es la principal falta que lamenta todo viajero que la visita.

En el centro del continente, un poco mas cerca del océano Pacífico que del Atlántico, y á una elevacion de cerca de siete mil y quinientos piés, está el famoso valle de Méjico: es de una figura oval de cerca de sesenta y siete leguas de circunferencia (8), y está rodeado de una muralla de rocas de pórfido, que la

(6) Cerca de 62 grados del termómetro de Fahrenheit, ó 17 de Réaumur. (Humboldt, *Essai politique, Ensayo político*, tom. I, p. 273.) Las mas elevadas mesas, como la del valle de Toluca que se halla á la altura de cerca de 8500 piés sobre el nivel del mar, tienen un clima tan frio, que el termómetro de Fahrenheit, durante una gran parte del día, raras veces sube á mas de 45 grados. El mismo (lugar citado) y Malte-Brun, (*Geografía universal, traduc. ing. lib. 83*) que en esta parte de su obra no es mas que un eco de aquel autor.

(7) La elevacion de las dos Castillas, segun la autoridad tantas veces citada, es de cerca de 350 toesas, ó 2100 piés sobre el océano. (*Disert. de Humboldt sobre la obra de Laborde. Itinéraire descriptif de l'Espagne, Itinerario descriptivo de la España* (Paris, 1827) tom. I, p. 5.) Es cosa muy rara encontrar en Europa llanuras de tan gran elevacion.

(8) El arzobispo Lorenzana calcula la circunferencia del valle en noventa leguas, corrigiendo al mismo tiempo la asercion de Cortés que le da setenta, cuyo cálculo, segun el resultado de la medida del Sr. de Humboldt, citado en el texto, se aproxima mucho á la verdad. Su longitud es de cerca de diez y ocho leguas por doce y media de ancho. (Humboldt, *Essai politique, Ensayo político*, tom. II, p. 29.—Lorenzana, *Hist. de Nueva-España*, p. 101). El mapa del valle de Méjico formado por Humboldt es el tercero de su „Atlas geográfico,” y como todos los otros de la coleccion, es de un valor inestimable para el viajero, el geólogo y el historiador.

naturaleza parece haberle concedido, aunque ineficazmente, para protegerlo de una invasión.

El terreno, alfombrado en otro tiempo de un hermoso verdor y cubierto de magestuosos árboles, está por lo común desnudo, y en muchos lugares toma un color blanquecino por la incrustación de las sales provenida de la evaporación de las aguas. Cinco lagos se hallan esparcidos en el valle, ocupando la décima parte de su superficie (9). En las riberas opuestas del mayor de ellos, muy disminuido ahora en sus dimensiones (10) respecto de las que tenía en tiempo de los aztecas, se levantaban las ciudades de Méjico y Tezcuco, capitales de los estados mas poderosos y florecientes de Anáhuac, cuya historia, así como la de las misteriosas razas que les precedieron en el país, presenta lo que se aproxima mas á la antigua civilización del continente septentrional de América.

La mas notable de estas razas era la de los toltecas que vinieron del Norte, aunque se ignora de qué punto, y entraron en el territorio de Anáhuac (11), proba-

(9) Humboldt, *Essai politique*, Ensayo político, tom. II, pp. 29, 44 y 49.—Malte-Brun, lib. 85. Este último geógrafo solo señala al nivel del valle seis mil setecientos pies, contradiciéndose (comp. lib. 83), ó mas bien á Humboldt, de cuyas páginas se sirve, *plenis manibus*, con demasiada liberalidad por cierto, pues pocas referencias pone al pie de las suyas.

(10) Torquemada supone que esta disminucion fué debida en parte, á que así como Dios permitió que las aguas que en un tiempo cubrieron toda la superficie de la tierra, se retiraran de ella despues de que la especie humana habia sido casi exterminada por sus iniquidades, así tambien permitió que las del lago mejicano se filtraran al fondo de la tierra, en señal de benevolencia y reconciliación, despues de que los españoles exterminaron las razas idólatras del país. (Monarquía indiana (Madrid, 1723), tom I, p. 309.) Tan probable, si no tan ortodoxa explicación, puede hallarse en la activa evaporación de estas regiones mas elevadas, y en el hecho de haberse construido un inmenso desagüe en tiempo del mismo padre, con el fin de disminuir las aguas del mayor de los lagos y libertar á la capital de una inundación. (a)

(11) El territorio de Anáhuac, segun Humboldt, solo comprendia el espacio contenido entre los 14 y 21 grados de latitud norte (*Essai politique*, Ensayo político, tom. I, p. 197). Segun Clavijero incluía casi todo el conocido despues con el nombre de Nueva-España (*Stor. del Messico*, tom. I, p. 27), y Veytia lo usa como sinónimo de Nueva-España. (*Historia antigua de Méjico*, (Méjico, 1836) tom. I, cap. 12). El primero de estos escritores probablemente concede muy poco, y el último mucho á sus límites. Ixtlilxochitl dice que se extendía cuatro leguas al sur del país de los otomis. (*Hist. chich. MS.*, cap. 73). La palabra Anáhuac, significa cerca del agua. Probablemente se aplicó primero á aquella parte del país que circundaba los lagos del valle de Méjico, y gradualmente se extendió á las regiones mas distantes ocupadas por los aztecas y por las otras razas medio civilizadas; ó tal vez pudo habersele dado este nombre como opina Veytia, (*Hist. antig.*, lib. 1, cap. 1) para denotar el territorio comprendido entre las aguas del Atlántico y del Pacífico.

(a) No se hizo desagüe ninguno en tiempo del P. Torquemada: lo que se hizo fué reparar los diques antiguos y construir otros nuevos. La calzada de Guadalupe se hizo bajo la dirección de dicho padre.

blemente antes del fin del siglo séptimo. Por consecuencia, pocas noticias pueden tenerse con certidumbre respecto de un pueblo cuyos anales escritos perecieron, y que nos es conocido solamente por la tradición de las naciones que le sucedieron (12). Con todo, segun la opinión general de estas, los toltecas estaban bastante instruidos en la agricultura, y en muchas de las mas útiles artes mecánicas: trabajaban con perfección los metales: inventaron el complicado arreglo del tiempo adoptado por los aztecas; y en una palabra, fueron las verdaderas fuentes de la civilización que mas tarde distinguió esta parte del continente (13). Establecieron su capital en Tula al norte del valle de Méjico, y aun en tiempo de la conquista se veían allí algunos vestigios de sus espaciosas fábricas (14). Los magníficos restos de los edificios religiosos y de otros que aun se ven en algunas partes de Nueva-España, se atribuyen á ese pueblo, cuyo nombre *tolteca* llegó á ser sinónimo de arquitecto (15). Su oscura historia recuerda la de aquellas primitivas razas, que precedieron á los antiguos egipcios en la carrera de la civilización, los restos de cuyos antiguos monumentos como se ven hoy dia, incorporados con los edificios de los mismos egipcios, casi dan á estos últimos la apariencia de construcciones modernas (16).

Despues de un periodo de cuatro siglos, los toltecas que habian extendido su poder hasta los mas remotos confines del Anáhuac (17), disminuidos considerablemente en número por la hambre, peste y guerras desgraciadas, desaparecieron del país, tan silenciosa y misteriosamente, como habian entrado. Unos pocos quedaron en él, aunque reducidos á un estado de nulidad; pero la mayor parte se esparció probablemente en las regiones de la América del Centro y en

(12) Clavijero dice, que Boturini escribió descansando „en la fe de los historiadores toltecas” (*Stor. del Messico*, Historia de Méjico, tom. I, p. 128); pero el primero de estos escritores no pretende haber encontrado manuscrito alguno de los toltecas, y refiere haber oido hablar de uno solo que se hallaba en poder de Ixtlilxochitl. (Véase su idea de una nueva historia general de la América Septentrional, (Madrid 1746) p. 110). El último nos asegura que su relación de las razas tolteca y chichimeca „se derivó de la interpretación” (probablemente de las pinturas tezcucanas) „y de las tradiciones de los antiguos;” pobres autoridades para acontecimientos que habian pasado tantos siglos ántes. Él mismo confiesa que estaban sus relaciones tan plagadas de absurdos y falsedades, que se vió obligado á desechar las diez y nueve partes de ellas. (Véanse sus relaciones, MS. núm. 5.) Tal vez la causa de la verdad no habria sufrido mucho, si hubiera desechado las diez y nueve partes del resto.

(13) Ixtlilxochitl, *Hist. chich. MS.* cap. 2.—El mismo, *Relaciones*, MS. núm. 2.—Sahagun, *Historia general de las cosas de Nueva-España*, (Méjico, 1829.) lib. 10, cap. 29.—Veytia, *Hist. antig.* lib. 1, cap. 27.

(14) Sahagun, *Historia de Nueva-España*, lib. 10, cap. 29.

(15) El mismo, ubi supra.—Torquemada, *Monarq. ind.* lib. 1, cap. 14.

(16) *Description de l’Égypte*, Descripción del Egipto (Paris 1809), *Antiquités, Antiquedades*, tom. I, cap. 1. Veytia ha tratado las emigraciones de los toltecas con un esmero poco recompensado, por el crédito dudoso que necesariamente se dió á los resultados. *Hist. antig.* lib. 2, cap. 21 y 23.

(17) Ixtlilxochitl, *Hist. chich. MS.*, cap. 73.

las islas vecinas, donde el viajero sospecha ahora que las magestuosas ruinas de Mitla y el Palenque pueden haber sido obra de esta extraordinaria nacion (18).

Trascurridos otros cien años entró en el despoblado pais una tribu numerosa y salvaje llamada de los chichimecas que vino de las regiones lejanas del noroeste, y fué en breve seguida por otras mas civilizadas, acaso de la misma familia de los toltecas, cuyo idioma parece que hablaban. Las mas notables de estas tribus fueron la de los aztecas ó mejicanos, y la de los acolhuas, conocidos mas bien en los últimos tiempos con el nombre de tezcucanos, derivado del de su capital Tezcuco (19), situada en la orilla oriental del lago mejicano, los cuales tenian una particular disposicion por su religion y costumbres suaves, comparativamente hablando, para recibir la civilizacion que podian comunicarles los pocos toltecas que aun permanecian en el pais, y que á su vez transmitieron á los bárbaros chichimecas, gran parte de los cuales se incorporaron con los nuevos habitantes y formaron con ellos una sola nacion (20).

Aprovechándose los acolhuas de su poder, dimanado no solo del aumento de su número, sino tambien de su mayor ilustracion, extendieron su imperio sobre las tribus mas ignorantes del Norte, al mismo tiempo que su capital estaba llena de una numerosa poblacion, diligentemente ocupada en muchas de las mas útiles artes y aun en las de lujo de una sociedad civilizada. En tan venturoso estado, se vieron repentinamente asaltados por sus guerreros vecinos los tepanecas, del propio origen que ellos y que habitaban el mismo valle. Sus provincias fueron invadidas, sus ejércitos derrotados, su rey asesinado, y la floreciente ciudad de Tezcuco fué presa del vencedor. De tanta humillacion los libró por fin el príncipe Nezahualcoyotl, jóven de un talento extraordinario y legítimo heredero de la corona, quien con la eficaz ayuda de sus aliados los mejicanos, salvó al estado y le abrió una nueva carrera de prosperidad mas brillante todavía que la anterior (21).

Los mejicanos, cuya historia es nuestro objeto principal, vinieron tambien, como hemos visto, de las remotas regiones del Norte, de donde salieron muchas de las naciones del Nuevo-Mundo, lo mismo que del antiguo. Llegaron á los

(18) Veytia, Hist. antig., lib. 1, cap. 33.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS. cap. 3.—El mismo, Relaciones, MS. números 4 y 5.—El padre Torquemada tal vez interpretando mal los geroglíficos tezcucanos, refiere la misteriosa desaparicion de los toltecas acompañada de los mas ridículos cuentos de gigantes y demonios, como para manifestar que su afición á lo maravilloso era enteramente igual á la de otro cualquiera que como él perteneciese al estado eclesiástico. (Véase su Monarquía ind. lib. 1, cap. 14.)

(19) Tezcuco significa „lugar de detencion,” en razon de decirse, que varias de las tribus que sucesivamente ocuparon á Anáhuac, habian descansado algun tiempo en este sitio. Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 10.

(20) El historiador refiere en una página, que los chichimecas habitaban en cavernas, ó á lo mas en chozas de paja, y en la siguiente habla con gravedad de sus señoras, *infantas y caballeros*. Ibid., cap. 9 y sig.—Veytia, Hist. antig. lib. 2, cap. 1 y 10.—Carmargo, Hist. de Tlascala, MS.

(21) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 9 y 20.—Veytia, hist. antig. lib. 2, cap. 29 y 54.